

EL NIÑO DE ESTA ÉPOCA

A pesar de su amplitud y de las dificultades que, desde el primer momento, surgen en el estudio del niño, abordo complacido el tema por su siempre creciente interés, su perenne actualidad y porque, precisamente lo vasto del asunto, permite encararlo desde puntos de vista tal vez muy personales, pero no por eso menos sinceros.

Tomaré al niño en una etapa reducida de su evolución ontogénica extrauterina: en la edad escolar y lo llevaré hasta la pubertad por la necesidad de arribar á algunas inducciones.

Además, me referiré especialmente al niño promedio del de la provincia de Buenos Aires y de la capital de la República. Quizás mis conclusiones puedan extenderse á Santa Fe y Entre Ríos, dados los caracteres étnicos de la población y la indiscutible semejanza de los factores tanto biológicos como sociológicos. De esa manera, me dirigiría á un número superior, á la mitad de los niños del país.

Tal vez mis inducciones finales parezcan recorrer exageradamente una gama «in crescendo» de cargados matices; pero creo ante todo de mi deber, decir la verdad ó mejor dicho, lo que yo estimo como tal. Si mis apreciaciones fueran erróneas, si solo resultaran de una fobia á las psicosis colectivas, nada se habría perdido con oír una opinión. Si se me despejaron los nublados, si pudiera llevar á mi espíritu el convencimiento de mi error, me felicitaría de verdad, porque creo, va en este asunto, nada menos que la salud psíquica de las generaciones futuras.

Para mejor metodización tratemos de asignar al niño en esa época de la vida, sus principales características, primeramente somáticas; luego, psíquicas.

Hasta el año pasado, tomábamos como norma para las aplicaciones inmediatas y mediatas, en materia de educación, los resultados ó conclusiones de las estadísticas extranjeras, particularmente las de Estados Unidos. ¿Pero por qué no decirlo una vez siquiera en homenaje á la verdad y á la justicia? Cabe á la Universidad de La Plata el mérito indiscutible de haber entrado, desde su fundación, en el concierto de las instituciones que al hacer obra propia, hacen obra nacional, y mundial. Se trata de hechos, no de disertaciones. Al brindarnos conclusiones nuestras y demostrarnos palmariamente que las estadísticas exóticas, preciosas en su país de origen, fallan

aquí, debe necesariamente modificar el criterio, aunque más no sea, en lo que atañe al valor de las generalizaciones en estos asuntos.

Desde el punto de vista étnico nuestra población es bastante heterogénea y en consecuencia no encontramos un tipo uniforme en los niños. Poco se parecen entre sí. Basta penetrar en un aula, para constatar variabilidad notable en los índices. Aún para ojos profanos en etnografía, saltan estas diferencias desde el primer momento: cráneos elongados (dolicocefalos) y cráneos redondos (braquicefalos); caras anchas (cameprosopia) y caras estrechas (leptoprosopia); narices afiladas, (leptorhinas) y narices anchas (platirhinas); órbitas bajas (cameconquia) y órbitas altas (hipsiconquia); etc., etc. A pesar de esto, debo manifestaros que se bosqueja ya una tendencia hacia un tipo étnico nuevo, perfilado por las estadísticas en un tipo medio, concordante con crecido número de niños.

De esta variabilidad se infiere, desde luego, que las conclusiones inglesas ó norteamericanas, francesas, alemanas ó italianas, sean aplicables en reducido número de casos y aún en éstos no lo son sin ciertas reservas. Los caracteres étnicos se encuentran notablemente modificados por la acción del medio.

Veamos un ejemplo donde resulta evidente este aserto:

La colonia italiana siendo la más numerosa entre nosotros debería influir en el sentido de aproximar notablemente nuestras conclusiones á las italianas, pero no es así. Tomemos un grupo de hijos de italianos y obtengamos de ellos promedios estadísticos; veremos á éstos separarse bastante de los obtenidos en Italia.

Vamos al caso.

En la estadística de Niceforo, publicada el año pasado, estudiando la influencia de la condición social en el peso de los niños, arriba á la conclusión de que los niños de condición social elevada ó acomodada, á igualdad de edades, superan siempre en peso, á los de condición social humilde ó baja.

En nuestra estadística, donde por perseguir otros resultados, no se ha tenido en cuenta la condición social de los sujetos censados y por tanto se encuentran confundidos los de condición social elevada y baja á pesar de que á nadie escapa la superioridad numérica de los últimos sobre los primeros, que necesariamente tiende á inclinar el promedio en su sentido, resultan en las niñas estas diferencias muy sugestivas:

Edades	Condición social elevada de Niceforo	En nuestras niñas de cualquier condición social
8 años	24.0	24.1
9 »	26.1	25.4
10 »	28.7	28.8
11 »	30.0	31.1
12 »	35.8	36.6
13 »	38.1	40.2
14 »	44.9	46.1

En los varones algunas diferencias son aún más acentuadas. Así:

Edades	Condición social elevada de Niceforo	En nuestros varones de cualquier condición social
7 años	23.0	22.0
8 »	24.2	24.4
9 »	26.5	27.7
10 »	28.5	28.1
11 »	29.6	30.9
12 »	32.3	35.9
13 »	35.3	40.1
14 »	40.5	47.1

Si por el número de sujetos censados Niceforo se cree autorizado para dar como exactos sus promedios, creo que nosotros no lo estaremos menos, desde el momento en que nuestros casos superan con mucho á los que proveyeron á su estadística.

Como se ve, pues, nuestros niños sin distinción de clases sociales, á igualdad de edades, pesan generalmente más que los niños italianos de condición social elevada ó acomodada (seis edades contra una en las niñas y seis edades contra dos en los varones).

Pero no es esto solo lo que llama la atención,

De las conclusiones de nuestras estadísticas, comparadas con las de Bowdicht y Baxter, Quételet, Schmid-Monnard, Porter, Roberts y Niceforo; se infiere:

1º O que los niños platenses de ambos sexos son excepcionales.

2º O que las estadísticas extranjeras no contienen datos rigurosamente exactos.

3º O que las conclusiones exóticas no son aplicables á nuestro medio, sino con bastantes reservas.

La primera inducción es insostenible, puesto que nuestra estadística no se basa sobre 50 ó 100 sujetos que, por coincidencia, pudieron ser 50 ó 100 excepciones, sino sobre 1500 niños.

En lo pertinente á la segunda, me parece muy gratuito dudar, y más aún afirmar que no exista sinceridad en las precitadas estadísticas, que gozan fama de serias en todo el mundo científico.

La única posible es la tercera, es decir, que solo son aplicables en este medio con bastantes reservas.

He aquí lo revelado por la nuestra:

1º Que los niños de ambos sexos son más precoces en el crecimiento. El desarrollo es más rápido en los períodos y se efectúa en un lapso de tiempo menor.

2º A igualdad de edades su peso es generalmente mayor.

3º Los períodos álgidos de crecimiento en los varones, están comprendidos entre los $8\frac{1}{2}$ y los $9\frac{1}{2}$ años de edad y entre los $14\frac{1}{2}$ y $15\frac{1}{2}$; para las niñas, entre los $9\frac{1}{2}$ y $10\frac{1}{2}$ y entre los $11\frac{1}{2}$ y $12\frac{1}{2}$.

4º la primera crisis es más acentuada que la segunda en los varones, y lo inverso ocurre en las niñas.

5º El proceso de crecimiento en los varones es mucho menos uniforme que en las niñas y por tanto la crisis del desarrollo son más acentuadas.

6º Existe paralelismo relativo entre el crecimiento de la talla y el de los diámetros craneanos, siendo más acentuado en la mujer que en el hombre.

7º Los procesos señalados no son más ó menos uniformes, lejos de eso, se constatan alzas y disminuciones violentas.

Estas conclusiones no concuerdan en un todo con las exóticas, son pues, eminentemente nuestras.

No sin paciente y ardua labor, hemos conseguido las principales características somáticas, correspondientes á los dos sexos en las edades comprendidas entre los seis años y medio y los veintidós años y que, por ahora, bastan para las explicaciones didácticas. Los interesados en este asunto pueden recurrir á la publicación de la sección pedagógica de la universidad ARCHIVOS DE PEDAGOGÍA Y CIENCIAS AFINES.

Allí encontrarán los promedios por sexos y edades, correspondientes al diámetro antero-posterior máximo, al diámetro transversal máximo, al diámetro bizigomático, al índice cefálico, á la talla, á la altura del vertex sentado, es decir, comprendiendo tronco y cabeza, á la longitud envergure, (los brazos comprendiendo el tórax), á la longitud de las extremidades inferiores y al peso. Ellas revelarán en cada sexo y edad, desde un punto de vista antropológico, al niño de nuestro medio en esta época.

Físicamente considerado, el niño de la actualidad representa una evolución superior. La gran mayoría son robustos, fuertes, sanos; mesencéfalos tendiendo á la sub-braquicefalía; sus extremidades superiores é inferiores siguen una vía divergente de las de los antropomorfos, es decir muy lejana de la bestialización: de frontal elevado, siendo muy raros los frontales con arcos supersciliares del tipo neanderthaloides, no digo en los niños, donde ese carácter sería más raro aún, sino en los adultos. Los estigmas craneanos imputables á atavismo son excepcionales en nuestros niños (acrocefalia, frente fugente, etc.).

El estudio de los estigmas degenerativos profundos, se hace difícil aquí por falta de ejemplificación; es necesario recurrir á los hospicios de alienados ó á las cárceles, porque en las escuelas son « rara avis ».

Nuestros médicos saben perfectamente bien que las intervenciones difíciles en partos, debidas á deformaciones pelvianas, son excepcionales aquí, mientras que, relativamente abundan en el viejo mundo.

El raquitismo no es uno de los problemas afligentes, ni la anemia, ni la clorosis hacen pasto de nuestras núbiles. Pecamos más bien por sobrealimentación.

Somáticamente, pues, nuestros niños no son inferiores á nadie y podemos afirmar que van tomando una orientación visiblemente superior.

No creo tarea tan difícil inquirir las causas. La heterogeneidad étnica por una parte, con marcada prevalencia del elemento superior (nosotros no tenemos inmigración negra, malaya ó china) y las condiciones apropiadas del medio, por otra, dejan, sino solucionado, por lo menos planteado el problema.

A la precocidad física revelada por las estadísticas, se une, como consecuencia lógica, la precocidad intelectual.

Este hecho, normal en este medio, llama particularmente la atención y ha sido observado y señalado por la casi totalidad de los hombres cultos del viejo mundo que nos han visitado.

El niño argentino es de inteligencia vivaz, rápido en la asimilación de conocimientos, perspicaz, aunque pueda tildársele de superficial y poco observador. No obstante esto último, nuestros colegios nacionales están repletos de chiquillos, nunca tan precoces como para emprender estudios secundarios. Si la precocidad es manifiesta, también lo es la tendencia de los padres á acentuarla más, ávidos de ganar tiempo. Estas prácticas constituyen un peligro, del cual me ocupé en 1901, á propósito de la edad escolar.

Si desde el punto de vista intelectual no podemos ser más optimistas, pues reconocemos que las fallas en ese sentido, obedecen á la falta de barreras interpuestas entre la irreflexión paternal y la educación secundaria, es decir, que son susceptibles de corrección inmediata, desde el sentimental no participamos de la misma opinión; creemos que se marcha en rápida pendiente hacia la decrepitud moral.

Existen fallas y fallas hondas á que nadie escapan.

Falta en muchos niños — y me voy á referir de aquí en adelante á los varones — falta, digo, ese espíritu varonil, esas características psíquico-sexuales que le deben ser inherentes. Si desde el punto de vista fisionómico y físico en general, los caracteres sexuales se encuentran bastante acentuados, en lo pertinente al psiquismo, surge al menor análisis una desconsoladora semejanza entre varones y niñas, no en el sentido de la aproximación de las últimas á los primeros, sino en el inverso.

Hagamos un poco de etiología, parcial si se quiere, y perinitase nos previamente estudiar á la ligera algunas etapas de la evolución psicológica individual que, desde luego, atañen directamente al tema en cuestión.

La evolución ontogénica comprende dos fases, una intra, otra extrauterina, sin que exista solución de continuidad entre ambas, pues el nacimiento, en definitiva, no la establece. A la ontogenia nó se la consideraba más allá de la vida intrauterina. El criterio amplio es relativamente nuevo y debo recordar que lo debemos al querido maestro Ameghino, quien lo formuló y sustentó hacen más de veinticinco años en el capítulo pertinente de su inmortal «Filogenia». Es la prolongación del paralelismo: en la ontogenia no sólo se reproducen las etapas filogenéticas hasta la constitución de la especie, sino también los que ésta misma ha realizado como tal. La se-

gunda fase es, pues, la historia abreviada de la humanidad, que soluciona cantidad de problemas psicológicos y tiene tantas aplicaciones en materia de educación.

En 1903, en mi trabajo titulado «Período de meloganía en la evolución psicológica individual», indiqué sus principales manifestaciones en varones y niñas, estableciendo su correspondencia filogenética. En 1905 en mi monografía «Período belicoso en la evolución psicológica individual», señalé este período bien definido de la ontogenia en su segunda fase, correspondiente solo á los varones. Esta época que abarca un lapso de tiempo de tres años aproximadamente, en la mayor parte desde los 9 hasta los 12 años, corresponde en la filogenia á épocas prehistóricas y al segundo período de la evolución de las colectividades, y el niño la reproduce normalmente en las edades indicadas.

El período belicoso es en el hombre el intermediario entre el período nutritivo y el genésico. Si se compara la evolución psicológica del individuo con la evolución de una colectividad, de una civilización, el período belicoso corresponde á la época en que en ésta predominan las tendencias hacia la expansión territorial, hacia las conquistas.

Considerando á ambas evoluciones individual y colectiva — tomadas sintéticamente — el lugar que corresponde al período en cuestión, en el hombre y en la colectividad, es el segundo, como puede verse en el siguiente cuadro comparativo:

<i>Períodos de la evolución psicológica individual:</i>	<i>Períodos correspondientes de la evolución de las colectividades:</i>
1º Período nutritivo.	1º Período pastoril, agrícola.
2º Período belicoso.	2º Período de expansión territorial, conquistas.
3º Período genésico.	3º Período de emigración y colonización.
4º Período emotivo-intelectual.	4º Período industrial fabril, científico.
5º Período de declinación.	5º Período de declinación.

Estos son los períodos en el individuo y en las colectividades. Es el paralelismo, la correspondencia de la evolución individual con la filogenética humana. Toda colectividad pasa por estas fases desde su nacimiento á su muerte, lo mismo que todo sujeto normal atraviesa las correspondientes en su vida.

No hay maestro experimentado ó padre observador que no haya notado esta evidente modificación de la psique del niño. Se convierte poco á poco en más ó menos pendenciero, peleador; gasta actividad ocupándose en asuntos de orden belicoso, no solo en lo que atañe á su persona, sino también á los demás. Así por ejemplo, es sumamente común que un chico se preocupe sobre quien vence á otro; en su lenguaje: «si se la dá ó no se la dá». Su vocabulario se

enriquece con términos del «caló», ó con glosolalias especiales; se hace coprolálico para acentuar así más su personalidad; además adquiere una «pose» y un tonillo característicos, etc. Son los albores de la pubertad que empiezan ya á diseñarse, para tomar contornos bien definidos en el período que he llamado de megalomanía. Es el sujeto tendiendo á la independencia, á dirimir solo sus cuestiones, á bastarse á sí mismo, en una palabra, á ser psíquicamente hombre.

Además de los caracteres apuntados «grosso modo», debo hacer notar los podrosos de este período.

Las primeras armas que usa el niño no son los puños. Cuando dos pequeñitos pelean se rasguñan, tratan de morderse, se tiran del pelo, ó se pegan con los pies, sin que en realidad se trate de puntapiés. Están en una etapa muy anterior al período belicoso de las colectividades, es decir, al de expansión territorial y de conquistas. El uso del puño como arma, supone la posición completamente vertical. Psicogenéticamente hablando, el período en cuestión es la reproducción de la psique de los ascendientes del hombre de posición intermediaria del raquis, muy próximas á la vertical.

Con el uso de los puños, debuta en el niño el período belicoso y su psicología se modifica primero lentamente, luego de una manera rápida.

En esta época, los niños, como los pueblos salvajes, manifiestan el respeto más profundo, la más viva admiración, por el valiente, por el fuerte, por el diestro en el manejo de los puños.

Las manifestaciones belicosas no solo son individuales, sino también colectivas. Sarmiento describe con esplendente colorido las peleas de los bandos de muchachos, allá en San Juan, los cuales agotadas las piedras, proseguían con improperios é insultos violentos. Los bandos A ó B, los del barrio C, contra los del D; de la escuela F contra la G, de nuestra niñez, viven aún palpitantes en la memoria de cada uno. El hecho no es local, sino general.

Este período es normal. Más ó menos adelantado ó atrasado, violento ó débil, el sujeto atraviesa por él. Luego declina poco á poco hasta la pubertad. En la edad viril la actividad ya está orientada en el sentido emotivo-intelectual.

He tratado, á fin de no dilatar esta conferencia, de sintetizar en lo posible mi trabajo sobre el período belicoso, donde estudio también los tipos anormales subdividiéndolos en estacionados y patológicos.

Los primeros formaban más tarde el cada día más numeroso gremio de los compadres y los no menos abundantes de delatores, adulares y difamadores, los segundos estaban constituídos por dos categorías: los impulsivos mórbidos y los neuropáticos.

La falta de belicosidad se interpreta como un síntoma de progreso, como un signo evidente de mayor cultura, como una adquisición que ha dado en tierra con viejos legados atávicos. Pero es necesario no forjarse ilusiones respecto á estas vertiginosas adquisiciones en el orden psíquico. Esta rapidez de una ó dos décadas nada más, haría pensar á cualquier espíritu reflexivo, haría vacilar al observador y temer seguramente al filósofo.

La evolución se efectúa lentamente, en lapsos enormes de tiempo, si tomamos como unidad nuestra vida. Las etapas ontogénicas se hacen más breves á fuerza de generaciones, de repetición de los actos, vale decir, de saturación de circuitos néuricos, de modificaciones dinámicas y estructurales, que reclaman necesariamente la acción del tiempo. El período belicoso irá, como toda etapa, reduciéndose en duración y haciéndose cada vez más precoz, á medida que avance en edad nuestro «filum». Pero una modificación en ese sentido, que es la única que cabe normalmente, es de un valor inapreciable en una década.

Debo hacer observar una coincidencia muy sugestiva que puede revelarnos un factor.

La desaparición de las manifestaciones belicosas, concuerda perfectamente bien, con la casi monopolización de la educación de los varones, por maestras.

Vamos á la estadística.

En 1882 el magisterio de la provincia de Buenos Aires, estaba formado por 276 maestros y 294 maestras, correspondiendo un porcentaje de 48 % para los primeros y de 52 % para las segundas.

Doce años después, en 1894, encontramos que en 1818 maestros 1317 son mujeres y solo 401 varones, lo que da un porcentaje de 77 % para las primeras y 27 % para los segundos.

El año pasado habían 3190 maestros, de los cuales 368 eran varones y 2822 mujeres.

Véase como desde 1894 ha disminuído el número de maestros habiéndose justamente duplicado el de maestras. En 1894 había aún un 27 % de maestros; hoy ha disminuído á menos de la mitad, 12 %; mientras que en las mujeres ha aumentado del 77 % al 88 %.

Comparando las cifras de 1882, con las de 1907, tenemos:

Personal docente en 1882:

Varones: 276, corresponde un 48 %.

Mujeres: 294, corresponde un 52 %.

En 1907:

Varones, 368, corresponde un 12 %.

Mujeres: 2882, corresponde un 88 %.

En las escuelas públicas de la capital federal:

En 1882:

Varones: 158.

Mujeres: 337.

Corresponde un 32 % y un 68 % respectivamente. Doce años después, en 1904:

Varones: 149.

Mujeres: 718.

O sea el 18 y el 82 %, respectivamente. A fines de 1907:

Varones: 298.

Mujeres: 1578.

Corresponde un 15 % y un 85 % respectivamente.

Resumiendo:

En el término de veinte y cuatro años, en la capital, los maestros se han reducido de un 32 % á un 15 %, y en la provincia de Buenos Aires, de un 48 % á un 12 %.

Estos datos me fueron suministrados por las oficinas de estadística de la dirección general de escuelas de la provincia y del consejo nacional de educación.

Debo recordar que *La Nación*, pocos días ha, se ocupó de este importante asunto, significando la conveniencia de tener hombres en la enseñanza primaria, librada á las mujeres, mucho más allá de lo prudente. Al efecto, llama la atención sobre la falta de varones en el magisterio, propiciando la creación de escuelas normales de ese sexo.

Aunque no penetra mayormente en el tema, se destaca desde luego la convicción sincera del articulista, convicción reveladora de conocimientos de psicología infantil.

¿El período belicoso ha desaparecido? No, señores. Lo que ocurre es una desaparición aparente y digo así porque los sujetos lo reproducen con atraso, más tarde, cuando lo abandona la férula femenina y el ambiente escolar afeminado.

Concluiremos á este paso, por abandonar definitivamente á las maestras la educación de los varones. Esta tendencia, al principio, por sí sola, ya entrañaba un serio peligro, que hubiera sido fácil de prever, si se hubiesen tenido en cuenta algunas conclusiones incontrovertibles de la psicología. Esta falta de previsión nos brinda en la actualidad sus primeros frutos á medio sazonar, permitiéndonos, sin ser clarividentes, predecir los graves perjuicios que ocasionará en el futuro.

¿Pero, porqué han huído los hombres del magisterio? ¿Qué causas tan poderosas han podido obrar con eficacia para anonadar una vocación, una inclinación que tiene tan profundo arraigo en el espíritu?

Las causas son por demás obvias.

Voy á repetir la eterna cantinela: En primer término el cuasi boycott oficial. En igualdad de condiciones se han preferido á las mujeres para la designación de los cargos y los maestros quedaban así relegados á la vida del acéfalo.

En segundo lugar la exigua remuneración. Las necesidades de un hombre siquiera medianamente intelectual no satisfechas jamás. El sujeto que, comparando sus entradas con las de un obrero cualquiera se siente inferior; se siente deprimido, porque gozando de aptitudes para la lucha sus armas son ineficaces; viéndose incapaz en ese medio para proveer á sus necesidades, debe huir, debe necesariamente bregar por romper el círculo que le oprime. Vamos á los hechos que, por vulgares, resultan ser los más interesantes:

Un obrero, un oficial albañil puede ganar fácilmente 6 \$ diarios, que á 24 días hábiles, término medio, forman una mensualidad de 144 \$; 144 \$ sin descuentos. Un maestro de grado en la capital de la república, con título de maestro normal, es decir el producto de diez años de aprendizaje como minimum, gana 140 \$, reducidos á 133 \$ con el descuento del 5 %, descuento que aprovechará á condición de 30 años de tareas no interrumpidas y 55 años de edad, vale decir,

cuando ya debía haber entrado en el mundo de la nivelación de fortunas.

Luego no existe profesión donde el sujeto esté más subordinado: el director, el secretario del consejo, los consejeros escolares, el presidente del consejo, el inspector, etc., etc., una serie progresiva sin tener en cuenta los achaques inherentes á la profesión. Los demás hombres al dedicar su actividad son relativamente libérrimos.

En esta profesión que ha sido tan compadecida, y que aún muchos se complacen en compadecer, es decir usan la forma hipócrita de deprimir, de rebajar, solo podía esperarse el alejamiento de los hombres de valer y el pugnar por abandonarla de aquellos pocos elementos capaces que quedan. Porque para permanecer en la enseñanza primaria, es necesario renunciar definitivamente á toda esperanza de progreso personal; se requiere, pues, no ser humano ó, salvo raras y meritorias excepciones, ser imbeciloide.

Cuando debería exigirse como condición indispensable para ser maestro de enseñanza primaria, la legítima ambición, puesto que el indiferente, el apático, el sujeto que se contenta con vegetar, carece de condiciones; no sintiendo el acicate punsador del progreso, mal puede armar á sus alumnos, para la contienda cada día más difícil de la vida.

Pero dejemos esta odisea del magisterio archisabida y repetida. El medio eficaz para hacer retornar á los hombres nadie lo ignora; lo encontraría un analfabeto, lo encontraría cualquier individuo que necesite trabajar para vivir y prosperar.

Decía que estábamos en vías de abandonar definitivamente la educación de los varones á las maestras y que este hecho, si no la causa única (dado que la influencia de la educación escolar es limitada) constituye una de las causas, es decir, coopera dentro de su esfera de acción á las aberraciones del carácter del futuro ciudadano.

Surgen inmediatamente las respuestas si formulamos estas preguntas:

¿Puede formar una psique masculina quien no la posee?

¿Puede la mujer con sus características psico-sexuales modelar un carácter varonil?

¿Los sentimientos son simples concepciones teóricas? ¿O creemos aún que mediante la cultura intelectual se forman los sentimientos? Y al hablar de sentimientos no aludo á la aceptación vulgar del vocablo, sino á su significación precisa en psicología.

Toda la argumentación de este trabajo no constituye, en mi sentir, un ataque á nadie, menos aún al gremio de maestras. Conozco sus afanes y sus desvelos dignos del mayor estímulo y encomio. Lejos de mí, el propósito de significar mala voluntad, incompetencia y ni aún siquiera deficiencia de su parte. Reconozco en la mayoría labor y asiduidad y en general no escasa preparación científica y profesional. Ellas, pues, no son las responsables sino quienes pretenden que den lo que no poseen. En este asunto no pueden hacer más.

A ningún medianamente sensato se le ocurriría construir un edificio disponiendo solamente del albañil, del plano y de las herramientas. Falta la materia prima, en la educación de los varones, y no es poco

faltar en las encargadas de impartirla, es nada menos que lo fundamental: el sexo.

No habrá hombre de ciencia que no distinga claramente un largo lapso de tiempo en que las voliciones adquieren un sello típico. Pues bien, hasta los prodromos de esa época, nos empeñamos en orientar uniformemente á varones y niñas. Si en el terreno somático las diferencias sexuales, en la evolución del sujeto empiezan á acentuarse desde los cinco años ¿qué no ocurrirá en el psíquico? Pero concedamos, aunque no sea exacto, es decir por complacencia, diferencias psíquicas poco acentuadas, entre los dos sexos, hasta los ocho años ¿porqué hemos de medir con igual cartabón á los varones y niñas de 8 á 12 años? Creo inútil insistir en que la psicología del varón difiere de la de la mujer; eso sería infantil. Pues con eso y todo, las prácticas la consagran igual entre nosotros. La estadística revela que la mujer es la encargada de educar la gran mayoría de los niños, de los futuros hombres.

Veamos ahora algunos resultados preguntándonos en síntesis qué fin persigue la educación y diremos: convertir al sujeto en un adaptable al medio, cualesquiera que sean las tendencias de ese medio, proveyéndole de aptitudes para la lucha ventajosa por la existencia, y entendemos esgrimiendo medios lícitos y legales.

¿Qué medios puede proveer la mujer?

Pues los femeniles, dado que no posee otros, y si los posee serán siempre aberrantes y todo lo más, serán una simulación un remedo de los medios masculinos.

Agréguese á esto el criterio sentimental que nos ha invadido en lo pertinente á disciplina y educación moral del niño; criterio poético y cómodo. Siendo el niño un ser angelical su estudio es sencillísimo, y los medios disciplinarios son aplicables á todos por igual. Como se le considera esencialmente bueno por el hecho de ser niño, resulta que estos medios no tienen porque variar y deben aplicarse tanto al bueno nato, como al degenerado mental ó al amoral.

Naturalmente, señores, todo criterio cuya aplicación exija poca labor y abandone la solución de hondos problemas á las generaciones venideras, es cómodo. Lo malo es que la comodidad se imponga y al imponerse, en este caso, no sólo limite el empleo de medios disciplinarios, sino que llegue exageradamente hasta casi suprimirlos.

Los maestros, hoy por hoy, disponen de reducísimo número de medios disciplinarios y todos ellos encuadrados en el estrecho marco del criterio sentimental. Con estos elementos deben formar el adaptable.

Si éstos en manos de un hombre son insuficientes, obvio es que lo serán también en manos de la mujer, quien en general carece de la energía necesaria para reprimir á un niño, peor todavía á un adolescente fuertemente dosado de herencia psicosexual.

El campo del deber femenino, por otra parte, es muy limitado hoy, y se refiere casi exclusivamente al deber doméstico. Si es cierto que la educación impartida por la mujer puede considerarse como una prolongación de la del hogar, que psíquicamente la mujer y el niño son afines, no es menos cierto que por estas causas, á determinadada

edad, estacionan á buen número de varones en su evolución, lo plantan en la juventud y estando en plena adolescencia física permanecen en la niñez psíquica.

Pero también es necesario distinguir la educación del hogar de su prolongación en la escuela. En la educación doméstica, las madres, y es necesario serlo para sentirlo, educan desde tierna edad, de muy distinta manera á los varones y á las niñas; tienen su norma para cada sexo; lo que no puede realizarse en la escuela. Luego la férula maternal no se extiende en general más allá de fin de la segunda infancia, por eso la frase de las madres, tan común en los hogares donde los padres no se ocupan ó no pueden ocuparse directamente de los hijos «es necesario que tú intervengas con los varones, yo ya no puedo más con ellos», ó la frase consagrada por las viudas: ¡Tanta falta que les hace un padre á sus hijos!

Otro factor importante es la precocidad de nuestros niños. Las maestras pueden informar sobre las dificultades con que se tropieza para educar á adolescentes.

De la escuela surgen, por lo pronto, dos grupos:

Unos (lo más fuertemente dosados de herencia psico-sexual), no encontrando inhibición suficiente, el freno y el control, la mano férrea que necesitan, engrosarán en el futuro las filas de los libertarios. Otros (los menos dosados), se adaptan. Es así como paulatinamente toman direcciones femeninas en sus gustos, inclinaciones, tendencias, violentando por una adaptación viciosa el legado hereditario psico-sexual que, felizmente, no puede ser ahogado por completo, porque de serlo así, conduciría necesariamente á la inversión.

Nada es más triste que ver á los varones jugando á los aros, saltando en la cuerda como niñas, ó jugando al «Buenos días su señoría, mantantirurirurá», tan común; en fin, á los que se les llamaba «mariquitas» en mis tiempos de niño. A los varones ya á los ocho ó nueve años, les repugna ser educados por mujeres, se encuentran deprimidos ante los que no lo son. En mis tiempos eran objeto de burlas y los chicos de diez años se hubiesen encontrado sumamente incómodos bajo una dirección femenina. Pero no era esto solo, los muchachos huían de entremezclarse en los juegos de las niñas, de hacer siquiera sociedad con ellas; se les llamaría «mujerengos», no en el sentido de ginecófilos, sino de afeminados, y era tan ofensivo para un varón este epíteto, como el de «machona» para una niña. Este insulto solo se lavaba con una «chocolata» de no ser así, quedaba consagrado «maricón».

El niño, en general, no perdona las ofensas, sus sentimientos altruistas son rudimentarios de acuerdo con un grado de evolución, y si no dirime sus cuestiones «ipso facto» es por falta de valor; el perdón es aparente; queda en el fondo el pozo de hiel, el deseo de venganza, que se exterioriza mediante la delación, la difamación, la intriga, etc., etc.

Se nos ocurre esta pregunta:

¿La evolución de la especie humana tiende visiblemente hacia mayor semejanza psíquica entre varones y mujeres? Este es un punto fundamental no estudiado aún. En cualquier caso, prescindiendo de

la discusión sobre las ventajas ó desventajas, que ello pudiera proporcionar á la especie; suponiendo aún más que esa tendencia sea un hecho y un hecho verdaderamente útil: ¿por qué, señores, la evolución debe efectuarse en el sentido de feminizar al hombre y no en el de masculinizar á la mujer? ¿Es acaso el hombre el menos apto de los dos para la lucha? ¿En la división del trabajo, no le ha estado y no le está reservado el papel más activo? Si se persiguiera el problema de la nivelación psíquica (problema que no creo aventurado afirmar, no se ha propuesto jamás entre nosotros), ¿por qué hemos de optar por lo negativo, es decir, hacer descender al hombre? ¿No es más racional seguir el sentido positivo, haciendo progresar á la mujer?

Una conferencia no puede extenderse más allá de ciertos límites, por eso me reduzco á plantear problemas y apenas á bosquejar algunas soluciones. Creo que, en ésta han desfilado temas suficientes para llenar un volumen.

Digo en definitiva que las maestras no pueden educar varones.

Se me objetará que en Estados Unidos hay muchas maestras, etc., etc. A lo que contesto:

1º En Estados Unidos la estadística de 1905, publicada en el «Commissioner of Education» de Wáshington, se asigna un 65 % á las maestras y un 35 % á los maestros. Existen hoy más varones en el personal, que los habidos entre nosotros hace 25 años.

2º Contrarrestan la acción de la educación primaria 500 universidades, que, en 70.000.000 de habitantes, dan un promedio de 7 universidades por millón. Además poseen en número considerable, escuelas industriales, profesionales, de comercio, etc., etc.

3º Las estadísticas comparadas, demuestran desde el punto de vista físico, diferencias notables entre nuestros niños y los norteamericanos. Aquí son más precoces, (véase talla, tronco, etc.).

4º Estas diferencias étnicas son más acentuadas en lo que respecta á la psique. Un niño argentino á 10 años, equivale á un norteamericano á 14; el de 12 al de 16.

Los Estados Unidos, pues, no se encuentran en nuestras mismas condiciones, ¡Ojalá tuviésemos un 35 % de hombres capaces en la enseñanza primaria!

Había dicho que la escuela, así contribuía á la formación de dos grupos, diametralmente opuestos en sus tendencias, según la mayor ó menor acción de la educación y demás factores y la mayor ó menor intensidad de la herencia.

Los más fuertemente dosados, daban lugar á los inadaptables y futuros inadaptados.

En los menos dosados, distingo tres categorías por sus modos de exteriorización: 1º Compuesta por los sujetos que atraviesan el período belicoso fuera de tiempo, atrasado y forman la falange de los compadres. Individuos que al estado infantil de sus sentimientos, se agrega una fuerte dosis disfrazada de feminidad; de ahí el alarde, la simulación del valor, la necesidad de reunirse en «patotas» porque, aislados, se ven débiles, enclenques como psiques varoniles. Los patoteros, no de clase inferior, que tienen su «cachet» típico

y pertenecen al primer grupo, á los inadaptables, sino de condición social elevada, que son hoy relativamente quizá los más numerosos. Los jóvenes de buenas familias que arman escándalos, para que se sepa, para que se diga, para que se comente, para crearse una aureola de valientes; que provocan estando reunidos y rehuyen responsabilidades á solas. Sujetos en que los sentimientos del varón evolucionando en un medio inadecuado en la niñez, ahogados en la infancia, pugnan por surgir á la superficie más tarde y surgen siempre infantiles, impulsivos, pero poseyendo ya los medios ofensivos y defensivos del púber ó del adulto. Es el período belicoso apareciendo en simbiosis con el genésico. Es una reacción tardía, violenta y desviada.

2º La segunda categoría está constituida por los belicosos lállicos, belicosos del pensamiento á forma femenina, por los que llegados al período megalomaniaco que reproducen con atraso, forman la falange de los pseudo-paranoicos tan comunes: descreídos, ideoclastas, pueriles, sin fe, envidiosos, etc. Esta categoría puede considerarse como intermediaria.

3ª La tercera está constituida por los sujetos más afectados. Reproducen el período belicoso á tiempo, pero desviándose en la dirección femenina y estacionándose, mejor dicho, atraviésan los otros períodos sin que éste ceda en intensidad, como debe ocurrir normalmente. Esgrimen en la lucha por la existencia armas ilícitas como carácter sexual; la mentira, la disimulación, la simulación, la intriga, la delación, la difamación, la adulación. Sujetos que tratan de medrar, de introducirse por cualquier medio. Transigentes, pactando con la dignidad porque «eso es saber vivir» y es saber vivir para el concepto de los sujetos que no poseen otros medios de lucha.

Todos los hombres observadores y que piensan hondo sobre la psicología de nuestro ambiente juvenil, extrañan la diferencia. He oído señalar repetidas veces esta rápida mutación. No se acierta con el fenómeno, no se dá con el diagnóstico; es una cuasi psicosis desconocida, pero invasora, cambiante, no respondiendo á un cuadro clínico único, porque se injerta en los sujetos, presentando idiosincrasias tan variadas como son las psiques individuales.

Hemos estudiado uno de los factores etiológicos y el diagnóstico puede ya señalarse. ¿Queréis conocerlo?

Para el primer grupo: los inadaptables. Para el segundo la gradación hacia el hermafroditismo psíquico adquirido.

R. SENET.